

EL ARTE
DE
LA CONVERSACIÓN
GOETHEANA

Marjorie Spock
y
Rudi Lissau

Traducidos al catalán por
Lluís Romaní Turullols
(Marjorie Spock)
y
Miquel López Manresa
(Rudi Lissau)

Editado por la Rama Pau Damasc
Apartado 35288, 08080 Barcelona
Barcelona 1994

Traducido al castellano por M^a Pilar Pacheco Pérez
septiembre 2008

Pequeña nota biográfica:

Rudi Lissau ha sido maestro de L'Upper School en Wynstones durante 38 años y copresidente de la Sociedad Antroposófica en Gran Bretaña durante 2 años.

Marjorie Spock, nacida en Estados Unidos, en New Haven, Connecticut, el año 1904; a los 18 años viajó a Dornach, Suiza donde permaneció hasta Navidad de 1924. Estudió Eurytmia y la enseñó en la Rudolf Steiner School de Nueva York y en la escuela Waldorf de Adelphi, Garden City, durante unos 4 años. También dio clases de algunos grados en la escuela Dalton y en la Fieldston Lower School, en el estado de Nueva York. A los 38 años ingresó en la Escuela de Maestros de la Universidad de Columbia y consiguió los grados BS y MS habiendo escrito su tesis doctoral sobre la pedagogía de Rudolf Steiner.

Siempre ha estado interesada en la agricultura biodinámica y ha hecho muchas experiencias prácticas a lo largo de los años. Durante su vida ha estado activa como conferenciante y traductora.

EL FUTURO DE LOS GRUPOS ANTROPOSÓFICOS.

EL ARTE DE LA CONVERSACIÓN GOETHEANA

Rudi Lissau.

Cuando los pioneros que seguían a Rudolf Steiner se preguntaron como podían cultivar una vida antropológica comunitaria, fundaron los grupos locales

o Ramas de la Sociedad y establecieron reuniones semanales. En su rama oían las descripciones de los que habían podido asistir a las conferencias de Rudolf Steiner en alguna ciudad lejana y hablaban sobre algunos de los problemas que allí se planteaban. Más adelante pudieron estudiar transcripciones ciclostiladas de las conferencias y se estableció la práctica de leerlas como principal actividad de los grupos locales. Pero ya desde los primeros años fueron emergiendo las preguntas: ¿Cómo evitar que esta actividad deje de ser una rutina?, ¿cómo evitar la impresión de que el "deber" del buen antropósofo es asistir a ellas regularmente?, ¿cómo superar el aburrimiento?. Una de las primeras frases humorísticas en nuestro movimiento comenzaba con la pregunta: "¿Cuál es la diferencia entre un pájaro y un antropósofo?", que recibía la respuesta basada en un juego de palabras: "El pájaro se duerme sobre la rama, el antropósofo lo hace en la Rama."

Toda la cuestión de la vida del grupo se hizo mucho más compleja después de La Primera Guerra Mundial cuando algunos de los antropósofos más activos se comprometieron en las diversas actividades antroposóficas y poco a poco fueron dejando de atender a las actividades de lectura de conferencias. Hoy la cosa ha ido más lejos y nos permitimos preguntar: "¿Es esta lectura de conferencias todavía algo importante para los antropósofos contemporáneos?. Hay muchas repuestas posibles. Por una parte es evidente que la tradición, la rutina y la obligación no han de tener lugar en la vida antroposófica donde habría de irradiar la espontaneidad, la creatividad y el gozo. Pero por otra parte hay intensas y repetidas proposiciones de Rudolf Steiner donde se dice que no hay nada más importante que estas reuniones regulares de estudio entre amigos. Ninguna cantidad de actividad exterior podrá sustituirlas. El estudio en común es el único camino por el que podemos ayudar a que nuestro maestro continúe su tarea. Hacia el final de su vida señaló que el objetivo de su empresa es el *"culto invertido"*, un acto sagrado por medio del cual celebramos y hacemos consciente no ya nuestro pasado espiritual común, sino nuestra unión espiritual futura, llena de voluntad.

Esto es un fin que no hemos de abandonar a la ligera, pero podríamos estar de acuerdo en que la tradicional lectura de conferencias, es posible que no sea el mejor camino para realizarlo. Y es por esto por lo que me gustaría cambiar la pregunta, y en lugar de decir *"¿vale la pena salvar el grupo?"*, diríamos: *"¿Podemos encontrar caminos y procesos que permitan llevar a término las intenciones de Rudolf Steiner?"*.

En primer lugar quiero repetir que no hay sustituto del grupo. Podía decírmelo a mi misma que de todas maneras estoy haciendo mi estudio antroposófico en parte por mi cuenta, privadamente, y en parte como miembro de un consejo de profesores. Por lo tanto no es necesario meterse en una tercera forma de estudio. Pero no es este el caso. A la primera forma le falta el elemento comunitario y a la segunda le falta desinterés. Necesito el curso de Rudolf Steiner sobre *"El estudio del Hombre"* para mi vida profesional y lo mismo les ocurre a mis colegas. Pero si nos encontramos con amigos para estudiar, por ejemplo, *"De Jesús a Cristo"* hacerlo en intervalos regulares y no nada más que cuando tengo ganas, es un acto libre, probablemente el único

que con total desinterés podemos realizar por la causa de Rudolf Steiner y de la Antroposofía.

En segundo lugar es importante darse cuenta de que uno de los rasgos esenciales de estos encuentros es la atmósfera social- espiritual que Rudolf Steiner invocó con gran estima en sus primeras "*Cartas a los miembros*". En nuestros grupos habríamos de sentir: "aquí se entiende y se toma seriamente al ser humano". Es posible que a lo largo de la semana tenga desacuerdo con algún miembro del grupo, es posible que me haya enjuiciado y sin duda yo también le he ofendido, pero cuando nos encontramos como grupo hemos de dejar atrás estos sentimientos. El grupo es el terreno de entrenamiento donde yo aprendo a mirar al otro como a un ser que aspira, como entidad espiritual. Allí yo afirmo sus intenciones superiores, miro aquello que él quiere llegar a ser y no aquello que es o parece ser. Con esto ayudo a construir el culto invertido.

¿Cómo proceder?. Somos personas que sostenemos que el ingrediente esencial es la *devoción*, dedicación a las palabras que dijo Rudolf Steiner. Para estos amigos el principal requisito previo es que las palabras del Maestro vuelvan a resonar en un lugar con toda la plena belleza y fuerza. Así nos hacemos sensibles a la estructura de la conferencia, a sus sutiles implicaciones y a su contenido mental explícito. Se han de evitar las preguntas explicaciones y ampliaciones como intrusiones intelectuales. Este es un método a respetar pero no el mío. Está demasiado próximo al culto tradicional, al ritual. Le falta, por una parte, el elemento del estudio que ha de incluir también el esfuerzo intelectual y por otra parte le falta la relación comunitaria. Para mí el elemento esencial para el funcionamiento apropiado de un grupo es la conversación, la conversación estructurada conscientemente y practicada de una manera socialmente responsable, un intercambio consciente de escucha cálida y habla espontánea.

Esta es también la visión de *Marjorie Spock* de quien se ha publicado el pequeño opúsculo *El arte de la conversación Goetheana* en Estados Unidos el año 1978.

En su prólogo nos dice: "En un opúsculo anterior... sugerí sustituir con "Conversaciones Goetheanas" la lectura y presentación de conferencias que muchos consideran hoy una forma caduca de vida grupal antroposófica." Como consecuencia de esto muchos le preguntaron de que manera llevarlas a término. Intentaré a continuación resumir sus sugerencias, pero no con la intención de quitarle al lector el placer de estudiar el escrito de la Srta. Spock, sino más bien para animarle a leerlo. El hecho es que me concentraré sobre todo en los matices que parecen especialmente oportunos para mi actual argumentación.

Marjorie Spock comienza con la confusa charla de una fiesta de coctel y la compara con la conversación disciplinada de los salones de los últimos siglos. Por la elección del tema y por otras razones, una conversación goetheana está iluminada por luz espiritual. Por que "*tiene lugar atravesando el umbral, en el mundo etérico, donde los pensamientos son intuiciones.*" Es el arte de las artes y engendra una atmósfera única, pero primero se han de cultivar "técnicas de orden muy especial". Posiblemente la más importante es "la

disposición a la escucha sobrenatural" que creo que sólo puede ser realizada cuando una parte importante de los miembros del grupo sean meditadores que han estado practicando ejercicios de escucha. En segundo lugar los participantes han de ser conscientes de la presencia del mundo espiritual. Un mundo que no se encuentra más allá, sino que es activo aquí y ahora, y quiere ser conocido por los hombres. Está claro que no puede ser conquistado al asalto, sino que requiere una actitud de búsqueda cuidadosa y avance progresivo.

El tema de la conversación se ha de conocer antes de tal manera que cada miembro pueda pensarlo durante un tiempo. Pero después hemos de olvidar lo que hemos estado pensando y no hemos de llegar a la reunión con frases preparadas u opiniones establecidas. La verdadera introvisión se producirá a partir del intercambio de las diversas contribuciones y de la iluminación que nos otorguen los seres espirituales que se han hecho manifiestos en los intersticios de la conversación. Por su presencia nuestros pensamientos se tornan vivos. Desde el comienzo se ha de establecer la atmósfera de un templo. No puede haber ningún parloteo social, más bien el fecundo silencio de una reunión de *Quakers*. A la hora exacta, la reunión comienza con una breve meditación pronunciada en voz alta y acaba en un tiempo predeterminado con la misma meditación. Durante la conversación se va construyendo y formando el templo del Grial: por la escucha activa, por la participación consciente en la conversación en el momento adecuado, por la renuncia al elemento personal. No puede haber líder, el cáliz del grial se ha de tejer con la sustancia de todos los participantes. En esta atmósfera las palabras del evangelio que hablan de los dos o tres devienen una experiencia real. Un grupo así necesita una asistencia regular o no se puede crear la atmósfera íntima. Otorga creatividad a sus miembros y rompe su dependencia del líder carismático, de la palabra impresa de aquello que una vez fue un acto vivo y vivido en profundidad, se rompe la dependencia del propio Rudolf Steiner que nunca quiso que ninguno dependiese de él. Él vino para ayudarnos a descubrir nuestra propia fuerza creativa, nuestra libertad.

¿Hemos encontrado alguna vez una descripción mejor de lo que podría ser el culto invertido que en este opúsculo de Marjorie Spock?. Yo todavía no la he visto. Aquí se consigue el estado de alma propio de un templo no a través de un ritual sino por el libre intercambio consciente entre seres humanos que escuchan y hablan conscientemente en cooperación con las entidades espirituales. El templo es construido ante nuestros ojos, y la escena sagrada se representa al mismo tiempo que se la escribe. Surge entonces la cuestión: ¿podemos aplicar esto a nivel general?

Es evidente que la Srta. Spock no nos da una descripción, sino que nos muestra lo que es posible, puede ser nada más que en un grupo relativamente pequeño que cuente con una buena proporción de personas con una vida meditativa de muchos años. Pero precisamente porque aquello que explica Marjorie Spock parece tan perfecto, algunos grupos conscientes de sus limitaciones podrían dudar de seguirla. Por tanto me haré una pregunta: ¿Qué

es lo que podemos practicar nosotros, personas ordinarias y que nos hemos de adaptar a nuestras circunstancias tan diferentes?.

Me parece bien evidente que el grupo grande, la Rama, no deja de tener una función limitada. Organiza acontecimientos públicos y se encuentra para escuchar a un conferenciante de tanto en tanto y para celebrar las festividades. Pero la tarea principal de estudio antropológico se hace mejor en grupos pequeños, digamos, de unos doce que se encuentran con un ritmo semanal, quincenal o mensual. Sea cual sea el método o el proceso que parezca más adecuado para un grupo, lo mejor es evitar un estudio y discusión meramente intelectuales. El pensamiento es un producto final, está muerto. Las fuerzas creativas que en él viven hace tiempo que se han desvanecido. Los pensamientos y las opiniones dividen, pero el pensar es esencialmente una actividad volitiva, y en nuestra vida volitiva nos comunicamos naturalmente con los otros y los dos nos podemos comunicar con nosotros. De esta manera hacemos un uso consciente de nuestra vida volitiva subconsciente. Marjorie Spock nos sugiere tres áreas donde esto puede producirse. Primero ve el periodo de gestación. Ponderamos el tema de nuestra futura conversación, lo meditamos, finalmente lo dejamos sumergirse en el subconsciente y lo olvidamos. Si en el curso de la conversación vuelve a salir nos habrá acompañado una cuantas veces por el portal del sueño y se encontrará cambiado y fructificado por la acción de los seres espirituales. Después se produce sobre él la interacción de los participantes durante la conversación. Si me he entrenado a escuchar adecuadamente no tan sólo seré sensible a lo que se dice, sino más aún a aquel que lo dice. Estoy escuchando un ser espiritual. En otra ocasión podemos participar otros seres en este proceso de comunicación espiritual, y en este proceso rítmico de escucha atenta y hablar consciente se encuentran nuevas intromisiones, íntimas y profundas. Finalmente nos encontramos con la actitud subyacente de confianza y gozo que quiere donar el mundo espiritual. Es la actitud de culto, pero es invertido. En las celebraciones rituales sentimos: nos ha sido dado. En una reunión de grupo nuestra conciencia nos dice: puede llegar a ser, será dado. El hecho se consuma cuando la verdad de la palabra de los evangelios, antes mencionada, vuelve a ser realizada.

Estas tres características, gestación, intercomunicación y gozo expectativo me parecen esenciales si queremos comenzar a captar aquello que Rudolf Steiner podría haber querido decir al mencionar el culto invertido. El grupo se ve entonces como un terreno donde podemos cultivar una forma de conciencia meditativa, un fundamento donde podemos progresar, y naturalmente aprender de los otros, donde en cualquier momento podemos *dar* por medio de nuestro escuchar profundizado, por medio de nuestro hablar consciente y responsable.

Pero en otros aspectos puedo ver las muchas formas diferentes que puede adoptar un grupo interiormente activo de este tipo. Me parece mejor que el grupo intente cultivar no sólo lo espiritual sino también la interacción social de sus miembros, que no tan sólo aspiran a la luz del espíritu, sino también a la calidez del corazón. Tampoco siento una necesidad de una estructura de

tiempo estricta, más bien pondría el énfasis en el carácter inmediato y espontáneo de la conversación que con toda naturalidad encontrará su fin. El tiempo utilizado en una actividad como la mencionada, por su naturaleza no puede ser demasiado largo. De manera que podría ser precedido y o redondeado por actividades artísticas o sociales como, hasta un cierto punto, es el caso de las noches bíblicas de Camphill. Creo además que este proceso de conversación Goetheana puede ser aplicado también al estudio de conferencias de Rudolf Steiner. Está claro que primero se han de haber leído por los participantes individualmente o en una reunión anterior. Y después de un periodo adecuado de gestación todos o algunos de los contenidos salen a la luz y se investigan en la reunión del grupo.

Diferentes grupos desarrollaran diferentes estilos y con el tiempo podemos cambiarlos a fin de evitar la rutina. Marjorie Spock nos ha mostrado de una forma bien convincente que hay una manera de reavivar la vida de nuestros grupos antroposóficos. Podemos decidir tomar este camino e intentar que nuestros encuentros se conviertan en una experiencia sacramental.

El arte de la conversación Goetheana Marjorie Spock

Nota previa

En un opúsculo anterior que tenía por título *"Reflexiones sobre la construcción de comunidades"* esta escritora sugería la introducción de la *"Conversación Goetheana"* en lugar de la lectura o explicación de conferencias en las reuniones de grupos o ramas antroposóficas, ya que se comenzaba a sentir que esta forma estaba pasada para la vida de las Ramas actuales. Desde la publicación del opúsculo, la autora ha recibido un buen número de preguntas para que explique con más detalle cómo pueden ser introducidas estas conversaciones. Lo que sigue es un intento de respuesta.

1ª Parte

Conversar tal como Goethe lo concebía es el arte de las artes. El lugar singular que este tema ocupa en sus obras ya nos permite observar que categoría le daba. Lo encontramos en una escena clave de su cuento *"La serpiente verde y el bello lirio"*, cuando los cuatro reyes entronizados en el templo de Misterios subterráneo salen de nuevo a la luz de una nueva Edad del Hombre, cuando la serpiente, que se ha vuelto luminosa por el oro que se ha tragado, penetra con su luz en el oscuro santuario sagrado de los reyes y se produce el siguiente dialogo:

- "¿De donde venís? , le pregunta el rey del oro.*
- "De las cuevas donde vive el oro, responde la serpiente.*
- "¿Qué es más glorioso que el oro?"*
- "La luz"*

-*"¿Qué es más dinamizante que la luz?"*

-*"¡La conversación!"*

Sólo si entendemos lo que quería decir Goethe podemos estar de acuerdo con la respuesta de la serpiente, ya que no es precisamente aquello que esperábamos. Porque ¿es la conversación, tal como la conocemos en el siglo xx, más gloriosa que el oro, más dinamizante que la luz?. ¡Difícilmente!. Asociamos la palabra con cualquier intercambio informal y el más vacío e inconsecuente parloteo. De hecho, sentimos que este término ha sufrido seguramente una devaluación desde los días de Goethe y que ahora se encuentra disminuido.

De esto nos damos cuenta cuando recordamos los salones de los siglos precedentes donde los grandes personajes acudían para tener diálogos llenos de sentido. Aquellas ocasiones eran de un tipo totalmente diferente al de nuestros acontecimientos sociales. Eran disciplinadas cuando las nuestras son caóticas, realizadas alrededor de un tema determinado, mutuamente enriquecedoras en lugar de extenuantes. Es inimaginable describir a los participantes de un salón hablando todos a la vez, charlando sobre tantos temas como parejas de conversadores hubiese. ¡Ni de lejos!. La estrella de un tema se mantenía sobre la asamblea como en un lago de cristales, y los intelectos transparentes y responsables tomaban turno de palabra para reflejar la luz que la estrella les había despertado.

Pero la conversación Goetheana, difiere tanto de las de salón como las de salón de las de "coctel". Lo que se proponen es conseguir una plenitud de vida espiritual y no una exhibición de castillos de fuegos intelectuales. No tiene nada que ver con el juego formal de salón donde los puntos brillantes iluminan la fría noche estrellada, sino que se esfuerza por entrar en el cálido reino solar de los pensamientos vivos, donde el pensador hace uso de todo su ser como instrumento de conocimiento, donde por la manera de proceder de su pensamiento toma parte como espíritu creativo en el permanente proceso creativo del cosmos.

Eso quiere decir, por lo tanto, que una verdadera conversación Goetheana tiene lugar más allá del umbral, en el mundo etérico, donde los pensamientos son intuiciones (ver la Filosofía de la Libertad de Rudolf Steiner), y que se irrumpe en el mundo de las Causas Primeras.

Otros tipos de comunicación no llegan jamás a este nivel; se quedan en la especulación mental, en el argumento, en la explicación de un guión o en dar una opinión. A todo lo más que llegan es a ser una discusión disciplinada, y en el peor de los casos, a una divagación asociativa.

Mientras que la mayor parte de estas formas menores de comunicación pueden ser útiles para determinados objetivos prácticos, el hecho de que se queden en este lado del umbral las condena a la infertilidad espiritual y deja vacíos a los que participan en ellas. No podemos vencer la soledad con la cual cada ser humano nace y padece desde Adán.

Sin embargo las verdaderas conversaciones sí que tienen este poder. Desde el momento en que los participantes se proponen entrar juntos en el mundo de los pensamientos vivos, cada uno se aproxima al tema con su intuición

perceptiva. Y esto lo hacen en una atmósfera especial engendrada por la proximidad del umbral del mundo espiritual: un estilo de atenta escucha sobrenatural, de la más receptiva apertura a la vida del pensamiento en la que uno y sus compañeros comienzan a penetrar. En una actitud como esta, la conciencia de todos los que lo comparten conforma un cáliz singular que se convierte en receptáculo de esta vida. Y compartiendo esta nutrición divina comparten también comunión y amistad: viven la experiencia del Grial del hombre moderno.

2ª Parte

Hemos encontrado que la conversación Goetheana puede ser descrita como el arte de las artes. Si realmente es así, y a ello aspiramos, ¿qué hemos de hacer para ponerla en práctica?. No es cuestión de disponer de grandes cantidades de inspiración, sino de cultivar técnicas de un orden muy especial.

Puede ser que la primera condición es tener la consciencia de que el mundo espiritual de más allá del umbral desea tan ardorosamente ser conocido por nosotros como nosotros deseamos conocerlo. No puede ser tomado al asalto. Se nos acerca suavemente, tal como un sabio y amable maestro responde al cálido interés de un alumno. Y nadie que tenga verdadero anhelo de aproximarse a este maestro con la apropiada reverencia sería capaz de dejar de escuchar sus respuestas. El mundo espiritual no está menos anhelante de encontrar nuestro interés. Recordemos las palabras de Cristo al respecto: *"Buscad y encontrareis. Llamad y se os abrirá"*.

La actitud del demandante, como se puede comprobar, genera como la vara mágica de Moisés una corriente abierta de vida espiritual. Esto se ha de comprobar como un hecho real, en uno mismo y en los otros, ya que la conciencia comunitaria se convierte en un receptáculo común en el cual el mundo espiritual de más allá del umbral pueda, cuando lo encuentre conveniente, hacer su ofrenda.

Pero uno no puede pasar sencillamente del pensamiento ordinario y la charla a la conversación Goetheana. Esta requiere la más cuidada preparación. Los pensamientos han de ser en primer lugar "concebidos" como hijos, y después nutridos por los espíritus individuales de los pensadores. Para este fin, el tema de la conversación ha de ser conocido con antelación. Cada miembro del grupo vive con él como un tema meditativo a desarrollar. A medida que el día de la reunión se aproxima uno ya comienza a prepararse para la puesta en común como un festival de luz donde si él y sus compañeros han hecho bien el trabajo les llevará hacia la iluminación espiritual.

¿Qué significa aquí la palabra trabajo exactamente?. Obviamente no la producción de conceptos acabados ni la acumulación de citas de fuentes "autorizadas", ni la confección de un esquema o resumen de las lecturas y conferencias.

Pensar y estudiar un tema antes de una reunión tiene más bien el propósito de despertar el alma a su máxima actividad para que pueda poner toda la percepción al servicio de la presencia del espíritu. Trabajar en este sentido es

dar calor y luz de consciencia para que el alma pueda convertirse en un habitáculo hospitalario para la introvisión. Uno ha de estar preparado para sacrificar un pensamiento previo, como se hace en el segundo grado de meditación, de cara a preparar el escenario para la iluminación fresca.

El principio es el mismo que Rudolf Steiner menciona cuando aconseja a los maestros preparar cuidadosamente la clase pero estando dispuesto a sacrificar el plan al dictado de las circunstancias que pueden llevar a una aproximación totalmente nueva del tema. Si uno está bien preparado, decía, encontrará la inspiración necesaria. El método es el mismo que para cualquier trabajo esotérico: convidar al espíritu estando espiritualmente activo y mantenerse abierto a la espera de su visita.

Los que acuden a la reunión, preparados de esta manera, procurarán no llevar consigo el ruido de la calle, cuando entran, en forma de charla dispersa. Uno no se habría de acercar al umbral de forma ordinaria. Cuando se prepara un acercamiento, el escenario donde tiene lugar el encuentro se transforma en un lugar de misterios. Todo lo que se hable allí dentro habría de armonizar con la atmósfera de un templo. Las cortesías convencionales, comentarios sobre el tiempo o transacciones comerciales están fuera de lugar y de todo.

Abstenerse de charlar quiere decir aprender a vivir sin que el silencio sea inquietante. Por lo tanto, una especial contemplación y tolerancia al silencio es una condición sine qua non para la vida esotérica a la cual pertenece este tipo de conversación. Esto implica un cambio de hábitos. En la comunicación ordinaria las palabras han de salir sin parar, si no, no hay discurso; los silencios son simples lapsus en la comunicación. Pero cuando uno comienza a crecer en conciencia del umbral, las palabras por las palabras comienzan a ser un estorbo para la paz interior. La expresión innecesaria es como un intruso que destruye la quietud interior que sirve de matriz a la germinante vida intuitiva.

Las conversaciones, entonces resultan preferentemente destinadas a preservar el silencio y no tanto el habla. Y cuando este llega, uno puede encontrar la mejor guía en otra obra de Goethe: el poeta ve la *necesidad* como criterio para el arte. ("*Aquí hay necesidad; aquí hay arte*")

Podemos afinar nuestro sentido de la necesidad hasta el punto en que la conversación se desarrolle como un organismo vivo, cada parte siendo esencial y equilibrada, cada participante esforzándose para elevarse y mantenerse por encima de la dispersión informe. Para conseguir una buena conversación hemos de trabajar con el material de la intuición. Y para conseguir este nivel hemos de sacrificar todo aquello que sea muy personal o bien natural. Nada más así una conversación puede encontrar su camino hacia la necesidad. Cuando esto pasa, tiene lugar una conversación con el mundo espiritual al mismo tiempo que con los compañeros.

3ª Parte

Aunque los grupos son muy diferentes unos de otros, siempre necesitan una buena temporada de práctica para llegar a adquirir la capacidad para la conversación goetheana. Muchos individuos hoy día están tan habituados a la

discusión que difícilmente pueden concebir niveles superiores de comunicación. Estamos condicionados por la tierra; el reino etérico se nos ha vuelto extraño.

Hay, sin embargo, medios para aprender uno mismo el pensamiento etérico. El primero es, naturalmente, la meditación, tal como la Antroposofía la enseña. Otro es el estudio repetido de la filosofía de la libertad de Rudolf Steiner, si hacemos especial atención a la manera como evoluciona, comenzando por el acostumbrado sustrato filosófico intelectual, y de pronto lo deja y se eleva hacia el reino donde cada pensamiento se moviliza y se convierte en un acto creativo libre. Seguir simplemente esta metamorfosis ya implica recibir una infusión de fuerzas etéricas allá donde el pensamiento se nos vitaliza y donde la mente se une con la percepción intuitiva.

Una transformación de este tipo también se consigue cuando nos apoyamos en la gran poesía y en los cuentos de hadas, dado que los ritmos y las imágenes son expresión espiritual, y cuando los absorbemos sentimos la propia vida mágicamente dinamizada.

Es totalmente contrario a una verdadera concepción moderna de comunidad delegar en un líder el hecho de la conversación. La creación de una consciencia del Grial requiere más bien un círculo activo intacto, hecho de individuos responsables, el único líder de los cuales sea el mundo espiritual. Si antes de llegar, cada individuo se ha preparado el tema y lo lleva vivo en su interior y, una vez comenzada la reunión, renuncia a los pensamientos que llevaba mientras ofrece la vida que han engendrado en su espíritu, el espíritu no fallará y vendrá a verse en forma de visión clara en una reunión preparada para recibirle. Esto puede ser experimentado una vez tras otra. Lo único que hemos de hacer es estar despiertos y dejar la vía libre, sabiendo que "allá donde dos o más se reúnen en mi nombre, allí estoy yo, en medio de vosotros."

La esperanza de esta Presencia puede ser fortalecida aprendiendo a escuchar al otro con la misma actitud que uno escucharía al mundo espiritual: evocativamente, con reverencia, frenando toda reacción, haciendo de la propia alma un plantel para las ideas germinantes del otro.

Esto no implica que el que escucha abandone todo discernimiento, sino que sopesa todo lo que siente. Pero lo hace de una manera nueva, limpiándose de simpatía y antipatía para poder servir de caja de resonancia donde las palabras del que habla suenen verdaderas o falsas.

Así, el que habla se puede sentir reflejado y puede sopesar las propias expresiones. La corrección –en el sentido de despertar– se hace sin que los otros sean un tribunal que juzga.

No hay ningún juicio. La escucha evocativa es una actividad solar. Irradia el calor y la luz del interés en la vida del pensamiento, dinamizando el círculo y dándole coraje para la vitalidad.

Una pregunta que surge a menudo entre los que se interesan por la exploración de las conversaciones es: ¿cómo escoger los temas?.

Como podemos suponer, no de la manera arbitraria usual. No podemos, como pasaba en el salón, buscar el tema más candente intelectualmente, ni tampoco, como en los grupos de debate actuales pasar el dedo por la lista de tópicos del momento hasta agotarlos. En lugar de esto, cuestiones candentes que han estado aparcadas en el alma de los participantes buscarán la luz. Cuestiones que han salido desde el fondo del corazón, estimuladas por el espíritu y que ahora están llenas de vida y fuego, y arraigadas en algo más profundo que el intelecto. Por su propia vitalidad, esta voluntad explota y reclama la atención de la asamblea.

A veces un tema conecta con una tal plenitud de vida que atraviesa una larga serie de metamorfosis que requieren varias reuniones para su exploración. Los temas de este tipo son especialmente valiosos porque tienden a convertirse en sujetos que conciernen la vida espiritual de todos los miembros a largo término, y es fácil darse cuenta de cómo crean vínculos entre ellos.

4ª Parte

Para que una conversación llegue a ser una obra de arte es necesario que su vida tenga una forma enmarcada. De otra manera corre el peligro de caer en la amorfia.

La trama que mantiene cohesionadas las conversaciones está formada en parte por elementos temporales y en parte por un ritual muy sencillo. Es necesario, en primer lugar, fijar exactamente las horas de comenzar y acabar las reuniones, y procurar ser puntuales, y si es posible intentar llegar con tiempo para preparar la atmósfera de la reunión. Estas son reglas invariables en la práctica esotérica. El ritual consiste en levantarse y decir todos juntos algunas frases escogidas por su contenido espiritual –por ejemplo *“Ex Deo nascimur”, “In Cristo morimur”, “Per Spiritum Sanctus reviviscimus”* -. La misma o bien otra meditación puede decirse al final de la reunión, de nuevo a la hora prevista.

A menudo se teme que los límites de tiempo muy estrictos puedan inhibir la libertad creadora de la conversación. Este temor es infundado. La inspiración del pintor no se encuentra limitada por las dimensiones de la tela. Los límites tienen más bien la función de despertar, de agudizar la consciencia de aquello que es necesario realizar, ya que la composición siempre se adapta intuitivamente al espacio dado.

Para hacer una composición "toda de una pieza" tal como ha de ser si queremos que sea considerada como arte, es necesario que el círculo de conversación tome medidas especiales para preservar la unidad. Aquí, de nuevo, hay una gran diferencia entre una discusión y una conversación. En la discusión, pocas veces alguien se queda fuera del campo de batalla. Normalmente cada uno intenta hacer prevalecer su opinión sobre la de los otros y en lugar de escuchar al que habla intentamos vender nuestra idea que, naturalmente es la buena. Esto, cuando tiene lugar una conversación, es obviamente un desastre, porque las discusiones se basan en el intelecto, y el pensar intelectual tiende a la separación. En cambio, las conversaciones son de un orden de pensamiento que ilumina los corazones y estos sirven como órganos de inteligencia y la tendencia del corazón es a la unión. El grupo de conversación ha de convertirse en un círculo mágico. La más mínima interrupción de esta copa gríalica dejaría escapar la sustancia luminosa generada en la reunión. Los participantes sensibles notarán que las interrupciones y huidas de contexto lo que hacen es cortar el contacto con el mundo espiritual.

Hay bastantes personas que opinan que una conversación no puede llegar nunca al nivel inspirativo de una conferencia de altos vuelos, de donde se sigue que pensar en una conversación es pensar en una pérdida de tiempo, que es mucho mejor si uno estudia o escucha conferencias.

No hay duda de que las conferencias tienen una importante función. Si han estado cuidadosamente preparadas aportan una concentración de materia espiritual en los oyentes sentados ante aquel que les ha preparado una buena comida. Pero continuando con la analogía, es como si los fans de las conferencias fuesen siempre a comer al restaurante, y no aprendiesen a practicar el dulce arte de la comida casera.

Hay algo dolorosamente unidireccional en una actitud como esta. No sólo elude la responsabilidad y deja pasar oportunidades de crecimiento creativo, significa también permanecer infantil y dependiente en la fase más importante de la evolución de la humanidad cuando todos tendríamos que dar el paso de tener una verdad revelada a descubrir la verdad por la propia actividad individual.

Rudolf Steiner no era amigo de las dependencias de ninguna manera. Raramente daba a la gente la solución a un problema, y esto sólo cuando había alguna urgencia. Más bien tendía a indicar el camino por el que aquella persona podría solucionar su problema por si misma. Y esto es lo que los tiempos actuales piden: que seamos espiritualmente activos y creativos, aprendiendo a canalizar sustancia espiritual para la renovación de la Tierra.

La conversación Goetheana se convertirá en una escuela ideal para esta tarea tan importante.